



Creced

en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor
y Salvador Jesucristo.

2 Pedro 3:18

01-2026

enero — febrero

01 — Un mensaje personal: Paciencia, consolación, esperanza y paz

04 — Cosas nuevas

H. Graf

08 — El poder de la fe y la oración

A.H. Rule

16 — Ejemplo a todos los... que han creído

M. Grasso

19 — El sermón del monte

A. Remmers

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16-17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Un mensaje personal:

— Paciencia, consolación, esperanza y paz —

“El Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13).

“El Dios de paz sea con todos vosotros” (v. 33).

¡Qué especiales son los momentos en los que nos quedamos en silencio delante de Dios y dejamos que él nos hable a través de su buena Palabra! Él desea fortalecer nuestra fe a través de la contemplación de su maravillosa Persona y también de sus caminos hacia nosotros, los creyentes.

En la carta a los Romanos, capítulo 15, el apóstol Pablo relaciona el nombre de Dios con cuatro características que son distintivas de su obra en nosotros. En el versículo 5 habla del Dios de la paciencia y de la consolación, en el versículo 13 del Dios de esperanza y en el versículo 33 del Dios de paz.

Estas características de Dios dejan claro lo que él quiere ser para nosotros y lo que quiere darnos a cada uno, ¡también en el año que acaba de comenzar!

El Dios de la paciencia

La palabra paciencia deriva de dos palabras griegas que significan literalmente «permanecer debajo». Cuando las circunstancias son difíciles, nos cuesta mucho aceptarlas y «permanecer debajo de ellas». Para hacerlo necesitamos paciencia. Pero eso no nos resulta fácil por naturaleza. Sin embargo, el Dios de la paciencia, que lleva a cabo sus consejos y planes con gran constancia y perseverancia, puede darnos la gracia y la fuerza para hacerlo. Además, tenemos «las Escrituras» (v. 4), las cuales nos presentan muchos ejemplos dignos de imitar de hombres y mujeres de fe que perseveraron con paciencia en las circunstancias más adversas y dieron un buen testimonio. Dos ejemplos especiales son Abraham y Job (Hebreos 6:15; Santiago 5:11).

¡Que el Señor les siga concediendo la gracia de perseverar, especialmente cuando las circunstancias sean difíciles!

El Dios de la consolación

Dios es bendito en sí mismo y no necesita nada ni nadie para gustar la bendición (1 Timoteo 1:11). Nosotros somos muy diferentes: con demasiada frecuencia estamos abatidos y deprimidos. Nuestra alegría suele ser como un juguete en manos de las circunstancias y a menudo desaparece al primer signo de resistencia o dificultad.

Muchas cosas banales de la vida nos roban el gozo o nos llenan de temor. Pero el Dios de la consolación está ahí para alentarnos y fortalecernos con su Palabra. Cuando ponemos nuestra mirada en él y pensamos en su gran amor y fidelidad, su paz nos llena. La tristeza y la preocupación se desvanecen y el gozo y la confianza vuelven en nuestro corazón.

¡En el Señor Jesús uno se puede regocijar siempre, incluso cuando las circunstancias no nos dan ningún motivo para hacerlo!

El Dios de esperanza

Dios conoce “lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho”, y dice: “Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Isaías 46:10). Nosotros, los creyentes, por el contrario, debemos tener esperanza.

Nuestra esperanza está puesta en el Dios vivo. Él es el objeto de ella (1 Timoteo 4:10). Por eso nuestra esperanza no es vaga ni incierta, sino firme y segura.

Sabemos que el Señor Jesús volverá pronto y nos llevará consigo a la casa de su Padre (Tito 2:13; Juan 14:3).

Dios quiere que estemos llenos de esperanza. Para ello nos ha dado el Espíritu Santo, que utiliza la Palabra de Dios, las verdades y los ejemplos que contiene, para fortalecer nuestra esperanza (Romanos 15:13, 4).

¡Podemos dar gracias al Señor cada día por ser nuestra esperanza! Pronto, quizá hoy mismo, volverá para llevarnos con él a la gloria.

El Dios de paz

Dios está en perfecta paz y es superior a todas las circunstancias. Pero también es la fuente de toda paz. Sin Dios no hay paz verdadera. Quien busca paz para su corazón y su conciencia debe acudir al Señor Jesús, el único que puede darla (Isaías 48:22; Romanos 5:1). A través de su obra en la cruz del Gólgota, sentó las bases para la paz verdadera (Colosenses 1:20).

Pero, además, Dios también quiere darnos paz en nuestra vida cotidiana.

Si le entregamos todas nuestras necesidades y preocupaciones y confiamos en él en cada situación, Dios nos da su paz en el corazón (Filipenses 4:7). Es la paz de la que él mismo disfruta.

Pero lo que es aún más grande: Él mismo, el **Dios de paz**, quiere estar personalmente con nosotros.

¡Qué gran privilegio: podemos decirle a nuestro Señor en cualquier momento todo lo que nos conmueve y preocupa! Podemos entregarle nuestras preocupaciones y él nos dará su paz.

Con esta confianza queremos entrar conscientemente con nuestro Dios en un nuevo año.

— Cosas nuevas —

Las siguientes notas fueron preparadas
con motivo de una conferencia en Felidia,
Colombia, en abril de 2025

1. El nuevo nacimiento

(Juan 3:3-8)

El nuevo nacimiento no se puede ver, pero sabemos que existe. No se puede explicar al 100%, pero se puede experimentar al 100%. ¿Qué significa esto? En la Biblia encontramos dos aspectos

— El nuevo nacimiento **es una obra de Dios** realizada en una persona que acepta lo que hizo el Señor Jesús en la cruz mediante arrepentimiento y fe

— Por otro lado, el nuevo nacimiento **es una maravilla de Su gracia**, que no podemos entender ni explicar completamente con nuestra mente, de manera intelectual.

En Juan 3:8, el Señor Jesús utiliza la imagen del viento (en griego es la misma palabra que «espíritu») para explicarlo:

— “El viento sopla de donde quiere”. Esto demuestra que el nuevo nacimiento es una obra soberana de Dios. Nosotros, como hombres, no podemos controlar ni influir en el viento. Lo mismo se aplica al nuevo nacimiento. No tenemos influencia

en qué, dónde, cómo ni en quién obra Dios.

— “No sabes de dónde viene, ni a dónde va”. El nuevo nacimiento es un misterio (secreto). Su proceso no puede explicarse plenamente. No podemos ver el viento, no conocemos su origen, ni su destino.

Versículo 3: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. Nicodemo se sorprendió. Él, un fariseo, un jefe de los judíos, ¿no podría ver el reino de Dios? Sí, incluso un hombre como Nicodemo tenía que nacer de nuevo. Esto muestra la total imposibilidad del hombre natural de llegar a la presencia de Dios y tener comunión con él.

¿Qué significa nacer de nuevo?
Nacer de nuevo, o nacer de lo alto (v. 3 y 7) significa, nacer **de una manera completamente distinta**, de una fuente de vida completamente nueva. Dios no puede usar nada en absoluto del “viejo hombre” (Romanos 6:6). No hay nada que pueda ser mejorado o refinado con lo que Dios pueda relacionarse. Para conocerle y tener comunión con él, debemos convertirnos en “una nueva criatura” (2 Corintios 5:17).

“Nacido de Dios” (Juan 1:13; 1 Juan 3:9; 4:7; 5:1, 4, 18) muestra el origen y la fuente de este nuevo nacimiento. Este maravilloso acontecimiento procede de Dios (Juan 1:13).

“Nacido de agua y del Espíritu”
(Juan 3:5)

El Espíritu habla del Hacedor. El **Espíritu Santo** es una de las personas

de la Divinidad, que actúa en este proceso. Él obra en el alma de una persona por medio del agua.

El agua aquí —como en muchos otros pasajes de la Biblia— es una imagen de la Palabra de Dios en su carácter purificador (Juan 13:10; 15:3; Efesios 5:26). El agua limpia aquello a lo que se la aplica. El Espíritu Santo aplica la Palabra de Dios a nuestro corazón y a nuestra conciencia, provocando una purificación a fondo, en lo interior. Nos damos cuenta de que estamos perdidos en pecados. Esto sucede con cada persona que cree en el Señor Jesús.

Esta purificación es completa, como decimos: «borrón y cuenta nueva». En Números 19, el agua de purificación tenía que ser mezclada con las cenizas del sacrificio. La ceniza habla del fuego consumidor, del juicio de Dios que cayó sobre el Señor Jesús por nuestros pecados. Así somos hechos conscientes de los sufrimientos del Señor Jesús a causa de nuestros pecados, y el Espíritu Santo aplica las cenizas de ese juicio a nuestra conciencia.

El Espíritu de Dios produce el nuevo nacimiento mediante la aplicación de la Palabra de Dios (1 Pedro 1:23; Santiago 1:18).

¿Y qué de la conversión?

Hemos visto que el nuevo nacimiento es solo obra de Dios. La pregunta ahora es: ¿No tenemos que hacer nada en absoluto? La respuesta es: El nuevo nacimiento y la

conversión van juntos, y ambos suceden al mismo tiempo. Esto manifiesta los dos aspectos del mismo evento:

— La conversión es el lado de la responsabilidad del hombre.

— El nuevo nacimiento es el de la gracia de Dios (Juan 1:12-13).

El versículo 12 de Juan 1 nos muestra la conversión, y el versículo 13 el lado de Dios. Dice: “**son engendrados**” (nacidos), no dice serán engendrados. El que se ha «convertido» y ha confesado sus pecados es, al mismo tiempo, “nacido de Dios”. Lo mismo en Juan 3:16: ¡El que cree en él, **tiene vida eterna**, no la tendrá más tarde! Conversión y nuevo nacimiento ocurren al mismo tiempo. No podemos explicarlo, pero lo aceptamos por fe.

No visible, pero perceptible

La comparación con el viento en Juan 3:8 nos muestra que no podemos ver ni explicar el proceso del nuevo nacimiento. Pero, así como podemos oír el viento y ver sus efectos (¡particularmente en una tormenta!), de la misma manera, el nuevo nacimiento que hemos recibido debe hacerse visible en nuestras vidas.

Algunas características de la nueva naturaleza en nosotros, las encontramos en la primera epístola de Juan:

— No practica el pecado (1 Juan 3:9)

— Hace justicia (1 Juan 2:29)

— Ama a los hermanos (1 Juan 3:10, 14)

— Cree que Jesús es el Cristo (1Juan 5:1)

— Vence al mundo (1Juan 5:4)

Son características fundamentales de la nueva naturaleza.

Cuando estos rasgos se hacen visibles prácticamente en nuestra vida y nos caracterizan día tras día, queda claro para quienes nos rodean que **hemos nacido de nuevo**, que hemos recibido una vida nueva.

¿Pueden las personas ver eso en usted, y en mí?

(Continuará)

— El poder de la fe y la oración —

Marcos 11:20-26

El Señor maldijo la higuera estéril, y a la mañana siguiente, al pasar por delante de ella, vieron que “se había secado desde las raíces”. Pedro llamó la atención del Señor, evidentemente preguntándose por lo que había pasado; y el Señor aprovechó la oportunidad para instruir a Pedro — una instrucción, creo, de gran importancia para todos nosotros— en relación con dificultades demasiado grandes para que el poder humano pueda afrontarlas. Deseo señalar el

principio que subyace en el texto, aplicable en todo momento, no la aplicación especial del texto a Israel.

Hay tres cosas: la fe, la oración de fe y el espíritu de gracia al perdonar.

“Tened fe en Dios” (v. 22). Más literalmente, es «tened fe **de** Dios». Es la **fe** la que se enfatiza más que su objeto. Es una fe que toma su carácter del objeto divino en el que se apoya: Dios mismo. Ese es el ejemplo de fe para las grandes dificultades. En otras palabras, es la fe que descansa en Dios, y lo hace intervenir a él en el problema.

Supongamos que usted tiene una dificultad tan grande como la montaña más alta; ¿tiene confianza en Dios? ¿Puede usted hacerlo intervenir en la dificultad? Ahora bien, él es más grande que el problema, más grande que la montaña más alta. ¿Qué es una montaña para Aquel que “midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados” (Isaías 40:12)? “Tened fe en Dios. Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho” (Marcos 11:22-23). Es una simple cuestión de confianza en Dios.

No hace falta decir, sin embargo, que esto implica el conocimiento de Dios, y la comunión con él. Si vivimos

prácticamente distantes de él, esta confianza es imposible. No podemos saber lo que sería conveniente para él.

“Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras” (Salmo 103:7). No se dice que Israel conociera sus caminos. Ellos conocieron sus **obras**, pero Moisés conoció sus caminos. Esto es mucho más que conocer sus operaciones. Sus obras pueden verse a lo lejos, pero sus caminos se aprenden en el secreto de la presencia divina. Moisés era una persona con la que Dios hablaba cara a cara, y en la intimidad de la comunión con él, aprendió sus caminos.

Cuando Israel pecó en el asunto del becerro de oro, Moisés supo actuar de manera adecuada a Dios. Mantuvo Su verdad tanto en el juicio como en la gracia. Quemó el becerro en el fuego, lo redujo a polvo, lo esparció sobre el agua e hizo que los hijos de Israel lo bebieran. También se puso a la puerta del campamento y dijo: “¿Quién está por Jehová? Júntese conmigo” (Éxodo 32:26). Entonces mandó a los hijos de Leví, que se habían reunido con él, que se ciñeran las espadas y pasaran y volvieran de puerta en puerta, y mataran cada uno a su hermano, a su amigo, y a su pariente. Todo esto era un juicio. Pero también se trataba de la gloria de Dios, de la realización de sus propósitos y del cumplimiento de sus promesas a los padres al bendecir al pueblo y llevarlo a la tierra prometida. Y entonces Moisés subió a Dios,

y se postró sobre su rostro durante cuarenta días y cuarenta noches para interceder por Israel. Esta fue la energía de la fe que contó con la bondad de Dios en esa hora terrible. ¿Cómo podría haber perseverado esos cuarenta días y cuarenta noches si no hubiera conocido a Dios? Fue el conocimiento de Dios que había adquirido, lo que le dio confianza y este saber fue el resorte secreto de toda su acción.

La dificultad era como una gran montaña. Israel que había sido puesto bajo la ley como un pacto de obras, había violado la ley, y esa violación era la muerte. Por otra parte, Dios había jurado a los padres que les daría una tierra y bendeciría a la descendencia de Abraham. El pueblo había pecado y era objeto de un juicio merecido; pero si Dios lo consumaba, como había amenazado hacerlo, ¿qué sería de su palabra, de su juramento, de su nombre? Moisés tenía el conocimiento de Dios y estaba lleno de fe — una fe que había crecido en el secreto de la presencia de Dios—; y se postró sobre su rostro y alegó la palabra y el nombre de Dios. Introdujo a Dios en la dificultad. ¿Resultaría la situación demasiado grande para él, o se negaría a sí mismo? No pudo bendecir al pueblo por lo que era, sino que se apoyó en Sus propios recursos —Su propia gracia absoluta y soberana— como base de acción. Él mostró gracia a quien quería, y misericordia a quien quería, y perdonó a su pueblo

culpable. Cristo es la verdadera solución de esta dificultad con respecto al hombre culpable —Cristo, en cuya persona en la cruz, se mantuvieron tanto la gracia como el juicio. Pero lo que vemos aquí es la fe de Moisés actuando en vista del estado caído de Israel, y el carácter del gran nombre de Dios. Su intercesión prevaleció, y la montaña fue removida y arrojada al mar.

Ahora bien, si queremos tener esta «fe de Dios» que nos hace superiores a todas las dificultades, nuestro corazón debe conocerle a Él, para aprender sus pensamientos y caminos. Debe haber una búsqueda habitual de su rostro, para que nuestros pensamientos y deseos se formen en su presencia. ¿Y no vale la pena esto? El correcto estado del alma depende de ello. La presencia de Dios es la atmósfera en la que se forma la fe, y tiene su crecimiento. Es cuando estamos cerca de él que la confianza se desarrolla en el corazón. Él escudriña el corazón, y si este se descubre ante él, y juzga todo lo que no le conviene, se establece la confianza. Sin embargo, si hay engaño en el corazón, no estamos tranquilos; no podemos ocultarle nuestro verdadero estado; nuestro corazón nos condena; y “si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de

él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:20-22). “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (5:14-15).

Tenemos que tratar con el escudriñador de corazones, y estos deben estar en su presencia sin engaño. También debe haber sumisión, y guarda de sus mandamientos; y donde hay sumisión a su voluntad, los deseos se forman en su presencia, pedimos según su voluntad, y tenemos la confianza de que nos dará lo que pedimos. Cuando este es nuestro estado, nuestras voluntades no van en contra de la suya. Deseamos lo que él quiere. Él forma nuestros corazones y despierta deseos en nosotros; y responde a esos deseos que él mismo ha despertado. No solo pedimos lo que él quiere, sino que pedimos lo que nosotros queremos, y él responde, porque nuestras voluntades son su voluntad. “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7). Cuando existe esta dependencia — esta permanencia en Cristo— y sus palabras permanecen en nosotros, y forman nuestros deseos, tenemos comunión con él. Pedimos según su voluntad, pero también es nuestra

voluntad, porque sus palabras han forjado deseos en nosotros, y él no puede rechazar las peticiones que él mismo nos ha movido a hacer.

Esto, pues, es lo grande: estar en su presencia sin engaño, y tener el corazón abierto a él, para que nos llene de sus propios pensamientos y deseos. Esto produce confianza y seguridad. “Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (Marcos 11:24). El poder de la oración del creyente no tiene límites. Sin embargo, como hemos visto, esta fe solo se ejercerá cuando nos encontremos en un estado que esté de acuerdo con Dios. El siguiente versículo muestra que debe haber gracia en el corazón del que perdona, para tener tal confianza en Dios: “Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno; para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas” (v. 25-26).

Aquí, por supuesto, no se trata del perdón eterno de los pecados o de ser justificados ante Dios como pecadores culpables. Se trata de sus formas de gobierno con aquellos que están en relación con él. Tampoco se trata de ir a uno que nos ha perjudicado y decirle que le perdonamos. En tal caso, la palabra sería “si se arrepintiere, perdónale” (Lucas 17:3). En el pasaje que nos ocupa se trata

del estado del corazón en la presencia de Dios. Si estoy en su presencia, cuya gracia me levantó cuando era un rebelde culpable, y ha seguido conmigo desde entonces, manteniéndome día a día, o restaurándome cuando he caído, ¿cómo puedo guardar algo en mi corazón contra mi hermano? Un hermano dice: «No puedo sentirme bien con el hermano A». ¿Cuál es la raíz de esta declaración? Es el yo. Los sentimientos propios han sido heridos de alguna manera, y hay amargura. Algo se guarda en el corazón contra el hermano. El corazón no está formado por la gracia. Aunque se le perdonan 10.000 talentos, guarda contra su hermano la más mínima cosa. Este no es el camino de la gracia, ni es la forma en que Dios ha actuado con nosotros en Cristo.

Guardan sentimientos duros hacia un hermano a causa de alguna injuria real o supuesta. Esto no es algo raro entre los creyentes. Ahora, hablando con toda reverencia, ¿pueden concebir que Dios tenga «resentimiento» hacia uno de sus hijos o amargura en su corazón por algo que ese hijo haya hecho? Instintivamente uno se aparta de ese pensamiento, y lo considera totalmente aborrecible para el alma, porque falsifica completamente las revelaciones de Dios recibidas en Cristo. No es que Dios haga caso omiso del mal en sus hijos, pero lo que llamamos «resentimiento», o amargura de uno hacia otro, es inaceptable para él.

Ahora tenemos que elevarnos a los pensamientos de Dios; tenemos que estar por encima de nosotros mismos y de nuestros sentimientos, juzgando en nosotros el manantial de todos los pensamientos amargos, de todos los sentimientos duros, para tener confianza en Su presencia. Sin esto no tenemos poder, y nuestras oraciones quedarán sin respuesta, y nosotros mismos seguiremos siendo los objetos de los tratos gubernamentales de Dios. “Si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.”

Cuántas veces han surgido peleas y conflictos entre los creyentes que tuvieron su origen en una pequeña raíz de amargura, en alguna falta de gracia, o el haber mantenido sentimientos negativos hacia uno u otro. Y ¡cuántas veces los creyentes son aparentemente impotentes en presencia de estas cosas! ¿No hay, pues, remedio? Gracias a Dios lo hay; pero no está en nada que podamos hacer, sino en la fe que introduce a Dios en la dificultad. ¿Hay alguien entre los creyentes que viva de tal manera en los pensamientos de Dios que tenga la mente de Dios en el asunto y se pueda contar con él? Dios es capaz de resolver la dificultad. Pero, ¿se encuentra el tal en su presencia, con un espíritu implacable hacia su hermano? Debe entonces comenzar por el mismo, en lugar de su hermano; pues hasta

que no lo haga, Dios no le escuchará. “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (Salmo 66:18). Cuando nos hemos juzgado a nosotros mismos, de modo que el corazón está libre ante él, Dios forma el corazón, y la fe entra en actividad, de modo que podemos, con confianza, presentar nuestra petición, y la montaña es removida. Cuando la gracia de Dios se pone a trabajar en los corazones, los problemas y las dificultades pronto comienzan a desaparecer. Pasan como las nubes de la mañana ante los cálidos rayos del sol naciente.

Que el Señor conceda a sus amados santos, en medio de las crecientes dificultades de estos últimos días, conocer más de su propia gracia, y en presencia de ella, dejar de lado todas las cuestiones de malos sentimientos personales de unos hacia otros, para que nuestros corazones sean libres en su presencia, y se eleven a sus pensamientos de gracia para con los suyos. Permaneciendo en el sentido de esta gracia, y actuando en el espíritu de ella, al perdonar a otros en el corazón frente a Dios, tenemos confianza ante él, y podemos contar con esa gracia que nunca falla, introduciendo al Dios de toda gracia en las dificultades que acosan a su amado pueblo, y quitarlas del camino, como montañas arrojadas al mar.

A. H. Rule

— Ejemplo a todos los... que han creído —

Parece generalmente aceptado que Pablo escribió la primera epístola a los Tesalonicenses al cumplirse el plazo de un año después de su visita a Tesalónica y de la acogida del Evangelio en esta ciudad. En consecuencia, los destinatarios de su carta eran jóvenes en la fe.

A la luz de esto, las referencias de Pablo a temas como la elección (1:4), el Espíritu Santo (1:5), el reino de Dios (2:12), la venida del Señor (4:13-18) y el día del Señor (5:1-3) pueden parecer fuera de lugar, ya que probablemente se extienden más allá de lo que normalmente describimos como los fundamentos del cristianismo. Sin embargo, el hecho de que los tesalonicenses conocieran estas doctrinas debería animarnos, ya que demuestra la capacidad de la nueva naturaleza que hay en cada creyente, para crecer para salvación tomando la leche espiritual no adulterada de la Palabra de Dios (1 Pedro 2:2), independientemente del tiempo que lleven siendo salvos. A la vez, esto también debería llevarnos a cuestionar si nuestra comprensión de estas verdades fundamentales de la fe cristiana está tan desarrollada como debiera.

Los tesalonicenses fueron también “ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído” (1 Tesalonicenses 1:7) —y siguen siendo ejemplos para nosotros hoy— en su servicio y conducta. Podemos aprender mucho a este respecto considerando algunos de los rasgos notables de estos nuevos conversos, tal como se exponen en el capítulo 1 de esta epístola de Pablo.

No cesaban en “la obra de (su) fe” (v. 3). La acusación de que “la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:14-26) no podía inculparse a los tesalonicenses. Debemos recordar que uno de los propósitos de nuestra salvación es que andemos en buenas obras (Efesios 2:10; Tito 2:14).

Habiendo sido enseñados por Dios a amarse los unos a los otros (1 Tesalonicenses 4:9), un “trabajo de... amor” caracterizaba a la iglesia en Tesalónica (1:3). Que nos amemos unos a otros —y en la misma medida en que el Señor nos amó— es el gran mandamiento del cristianismo (Juan 13:34; 15:12, 17). El amor fraternal no fingido (1 Pedro 1:22) debe manifestarse de manera práctica en cada uno de nosotros sirviendo a nuestros hermanos (1 Juan 3:16-17). Pero el amor también debe motivar nuestro servicio (Colosenses 3:14), incluso el ejercicio de los dones espirituales, o de lo contrario, lo que hagamos será metal que resuena, o címbalo que retiñe, y por lo tanto habría sido

mejor no haberlo hecho (1 Corintios 13:1-3).

La fe y el amor de los tesalonicenses iban acompañados del tercer componente que debe caracterizar a todo creyente: la “constancia en la esperanza” (1 Tesalonicenses 1:3). Aunque no gozaron de la plena revelación del Señor, creían y esperaban en su venida, incluso en medio de las tribulaciones que empezaban a sobrevenirles.

¿Tiene usted la venida del Señor como su genuina y continua esperanza y se aferra a ella en cualquier circunstancia, ya sea buena o mala?

La iglesia en Tesalónica estaba formada por imitadores de Pablo, Silvano y Timoteo, y del Señor (v. 1, 6). Incluso hoy, muchos de nosotros tenemos el privilegio de conocer a hombres y mujeres piadosos. Deberíamos seguir su ejemplo (Hebreos 13:7). Por supuesto, también debemos, por encima de todo esto, seguir las pisadas de Cristo (1 Pedro 2:21) y ser cristianos en el sentido literal de esa palabra: “imitadores de Cristo”.

Como ya se ha dicho, estos creyentes eran ejemplo a otros creyentes cercanos (1 Tesalonicenses 1:7). Tanto a nivel individual como colectivo, debemos ser cristianos modelo, y no solo en doctrina, sino también en los fundamentos del comportamiento cristiano (evangelizar, mostrar mansedumbre para con todos los hombres, hacer bien a todos, ser obedientes a las leyes del país, etc.).

Los tesalonicenses eran tan fervientes en proclamar “la palabra del Señor” que se divulgaba partiendo de ellos a “todo lugar” (v. 8). Pero obsérvese que no hablaban de sí mismos ni promovían un credo hecho por el hombre, sino que simplemente proclamaban “la palabra del Señor”. Aunque muchos de nosotros encontremos difícil la evangelización, animémonos por el hecho de que la simple mención del Señor Jesús y su cautivador mensaje de salvación —“El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24)— suele ser lo más eficaz.

Había pruebas claras y duraderas de que la Palabra había caído en buena tierra entre los tesalonicenses: se sabía que se habían convertido “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero” (1 Tesalonicenses 1:9).

¿Saben las personas con las que tenemos contacto en nuestros asuntos cotidianos que somos cristianos? ¿Se ven pruebas de la santificación del Espíritu (1 Pedro 1:2) en nuestras vidas? ¿No solo respecto al apartarnos de las cosas del mundo (aunque esto es esencial, ya que no somos del mundo, como tampoco Cristo era del mundo, véase Juan 17:16), sino también al entregarnos a Dios y comprometernos en su servicio? Los tesalonicenses esperaban pacientemente otra vez la venida del

Señor (1 Tesalonicenses 1:10; Juan 14:3).

“Nosotros también... corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:1-2).

M. Grasso

— El sermón del monte —

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6).

En Lucas 6, el Señor se dirige a sus discípulos personalmente, diciéndoles: “Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados” (v. 21); el hambre se considera de forma general. Pero la cuarta bienaventuranza de Mateo 5 habla de un hambre y una sed particulares: la de justicia.

El hambre y la sed son manifestaciones de la necesidad básica e instintiva de mantener la vida. Pero al mismo tiempo, surgen de la falta de los elementos necesarios para ello.

La justicia de este mundo y la justicia de Dios

¿No había justicia en la tierra? Cuando Dios dio la ley a Israel en el Sinaí, dijo: “Con justicia juzgarás a tu prójimo” (Levítico 19:15). Pero, ¿qué hizo este pueblo con el Señor Jesús, el único justo? Pedro debió decirles: “Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida” (Hechos 3:14-15). Los romanos, que ocupaban la Judea en aquella época, estaban orgullosos de su antigua ley de las «Doce Tablas». Incluso hoy, la legislación de muchos estados europeos se basa en el derecho romano. Pero cuando el Señor Jesús tuvo que comparecer ante Poncio Pilato, el gobernador romano, este último dijo: “Inocente soy yo de la sangre de este justo” (Mateo 27:24); luego hizo azotar a Jesús y lo entregó cobardemente a la excitada multitud que exigía su crucifixión. La injusticia del mundo alcanzó su culminación en el tratamiento infligido al Hijo de Dios, nuestro Señor y Redentor.

Hoy en día, la justicia se entiende generalmente como un derecho a la equidad concedido a toda persona. En la Biblia, sin embargo, la justicia siempre tiene como punto de referencia a Dios mismo. Dios es el justo perfecto y siempre actúa con justicia, es decir, de acuerdo con su propia naturaleza (Romanos 3:5; Hebreos 6:10). Actúa como Salvador de todos los hombres,

para el bien y la bendición de sus criaturas, aunque muchos no sean conscientes de ello y a veces lo consideren injusto.

La justicia de Dios implica el castigo del pecado, porque el mismo siempre se comete primero contra Él. Pero su justicia se demostró perfectamente en la cruz del Gólgota, donde un hombre, Jesucristo, fue castigado porque representaba a personas culpables, para que Dios pudiera otorgar su justicia a todos los que aceptaran la obra de reconciliación que se estaba realizando entonces.

Los que tienen hambre y sed de justicia

En consecuencia, no hay verdadera justicia para el hombre a menos que reconozca estos hechos por la fe. Habiendo recibido de Dios la comprensión y la conciencia de su responsabilidad, a menudo trata de definir una justicia humana; pero de hecho es incapaz y a menudo no está dispuesto a practicar esta justicia en los diversos ámbitos de la vida a causa del pecado que mora en él. Hoy en día vivimos en una época en la que tal vez haya un mayor esfuerzo por establecer la justicia en la tierra que en el pasado. Basta con pensar en la legislación fiscal y social dentro de un Estado, así como en la acción internacional para reducir las desigualdades entre los países ricos y los países en desarrollo.

Sin embargo, el sermón del monte no contiene instrucciones para mejorar la situación mundial; no es un programa político. Más bien, describe los caracteres y la parte de aquellos que, mediante la fe, participarán en el reino de Dios (o reino de los cielos). Aquí el Señor tiene en vista particularmente al remanente judío y a los creyentes de entre las naciones, en el tiempo futuro de la gran tribulación. Sufrirán la injusticia, una injusticia que de manera extrema caracterizará al Anticristo (2 Tesalonicenses 2:10); y lo vivirán en sus propios cuerpos, cuando, siguiendo a su Señor, sean injustamente perseguidos y oprimidos. Sus corazones renovados tendrán un profundo y ardiente deseo de justicia, que será perfectamente satisfecho en la aparición del Señor como Rey en el reinado milenarío (Isaías 51:1, 6).

“He aquí que para justicia reinará un rey, y príncipes presidirán en juicio” (32:1). Cuando, bajo el gobierno de Cristo, Dios ponga la tierra en consonancia con sus pensamientos, entonces todos los que antes tenían hambre y sed de justicia quedarán saciados (28:17).

Sin embargo, hoy en día todavía no hemos llegado a ese punto. Convenzámonos de que la justicia solo reinará en este mundo cuando el propio Señor Jesús la introduzca en el reinado milenarío. La carrera de los hombres hacia la justicia y la paz

—mientras estas se alejan cada vez más de ellos— es como una señal de la inminencia de ese tiempo. Dios quiera que los hombres reconocieran la inutilidad de sus propios esfuerzos en este sentido, y comprendieran que solo la justicia y la paz de Dios pueden llevarlos hasta allí.

Este versículo también se aplica a los cristianos de hoy. Como hijos de Dios, podemos ver toda la injusticia de este mundo. Muchos de los hijos de Dios tienen que sufrir injustamente, no solo por su fe en el Señor Jesús, sino simplemente por su conducta. Y a veces, ¿no deploramos la injusticia incluso entre los cristianos? De un modo u otro, ¡cuántos hijos de Dios sufren por sentirse injustamente tratados! Su deseo de justicia es bien comprensible. Un día, sin embargo, esta hambre y esta sed serán perfecta y eternamente satisfechas. Según la promesa de Dios, esperamos cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia (2 Pedro 3:13). Durante el reinado milenario, el Señor Jesús reinará en justicia, mientras que en la eternidad, la justicia morará en la nueva creación. Entonces los caminos de Dios hacia la humanidad habrán alcanzado su meta.

¿Pero no podemos decir que nuestra hambre y sed de justicia ya están satisfechas de muchas maneras? ¿No nos ha contado Dios nuestra fe por justicia (Romanos 4:5-22)? ¿No somos testigos vivos de la justicia de Dios porque creemos en Aquel

que por nosotros fue hecho pecado? Somos “justicia de Dios” en Cristo (2 Corintios 5:21). ¿Y no podemos alegrarnos ahora de los caracteres morales del reino de Dios: “Porque el reino de Dios... es... justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17)? Y no solo alegrarnos de ellos, sino también realizarlos en nuestra vida con nuestros hermanos y hermanas, y en el mundo. En Mateo 6:33, el Señor dijo a sus discípulos: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.” ¿No es esto lo que deben buscar cuidadosamente los cristianos que quieren ser fieles al Señor? recordando también el mandato de Pablo a Timoteo: “Sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor” (2 Timoteo 2:22).

Bienaventurados los misericordiosos

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mateo 5:7).

Leemos en los Proverbios de Salomón: “Peca el que menosprecia a su prójimo; mas el que tiene misericordia de los pobres es bienaventurado” (14:21). En su quinta bienaventuranza, el Señor Jesús pronuncia palabras similares, pero añade una promesa: “...porque ellos alcanzarán misericordia”.

Misericordia y gracia

La misericordia indica tanto el sentimiento del corazón conmovido por la miseria de los demás, como la ayuda que este sentimiento lleva a prestar. La misericordia no debe confundirse con la gracia, que es más bien el favor inmerecido que obtiene una persona indigna. La Escritura distingue entre ellos. En el Antiguo Testamento, Dios dijo a Moisés: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso” (Éxodo 34:6), y en el Nuevo Testamento leemos: “Gracia, misericordia y paz, de Dios nuestro Padre...” (1 Timoteo 1:2; 2 Timoteo 1:2; Hebreos 4:16; 2 Juan 3).

El libro de Rut ofrece un maravilloso ejemplo de la misericordia de Dios con una mujer pagana, y el profeta Jonás debe reconocer, aunque a regañadientes, la misericordia de Dios con el pueblo de Nínive.

La misericordia de Dios trae la vida

Al que cree, Dios le otorga todas las riquezas de su misericordia, en virtud del sacrificio del Señor Jesús en la cruz. La mayor miseria del hombre radica en el hecho de que está espiritualmente muerto y es incapaz de levantarse de su condición. En su misericordia, Dios le concede la vida, y solo él puede hacerlo. En 1 Timoteo 1:13 y 16, Pablo nos recuerda la misericordia que el Señor tuvo con él, para “ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna”. Y escribe a

los efesios: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo” (Efesios 2:4-5). En Tito 3:4-5 dice: Dios nos salvó “por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”. Finalmente, Pedro escribe: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva” (1 Pedro 1:3).

“Bienaventurados los misericordiosos...”

El Señor Jesús habla aquí de aquellos que han sido objeto de esta misericordia de Dios y que ahora siguen su modelo como verdaderos discípulos de su Señor y Maestro. ¡Cuántas veces leemos en los evangelios que el Señor tuvo compasión o fue movido a misericordia! Lleno de misericordia y simpatía, curó a los enfermos, alimentó a los hambrientos, resucitó a los muertos. Fue el samaritano misericordioso de la parábola, y pudo decir, al final de su conversación con el doctor de la ley que había venido a probarle: “Vé, y haz tú lo mismo” (Lucas 10:37).

La exhortación: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:5) nos concierne a todos. Ejercer la misericordia consiste en transmitir lo que hemos aprendido del

Señor Jesús, tanto en el ámbito espiritual como en el material. Si somos conscientes de la obra del Señor para nosotros, no solo tendremos los sentimientos correctos ante el sufrimiento, la miseria y la angustia, sino que trataremos también de traducirlos en acción. ¡Que el Señor abra nuestros corazones y fortalezca nuestras manos, para que podamos manifestar su misericordia!

La lección del siervo malvado de la parábola de Mateo 18:23-35 es muy seria: debe a su rey 10.000 talentos (una suma fabulosa), pero echa en la cárcel al que le debe 100 denarios (el salario de cien días). Podemos preguntarnos si somos conscientes del valor del gran perdón que se nos ha otorgado y si lo demostramos con nuestro comportamiento. Pero si abrimos los ojos, veremos a hermanos y hermanas que necesitan ayuda en nuestra vecindad inmediata; encontraremos muchas oportunidades de mostrar simpatía y misericordia de forma práctica: visitar a los enfermos, acompañar a los ancianos, ayudar a este o a aquel.

Pero no pensemos con estrechez de miras en nuestros hermanos y hermanas en la fe. Pablo escribió a los gálatas: “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10). ¡La fuerza de nuestro testimonio para el Señor reside más en nuestro comportamiento que en nuestras palabras! El

mundo no estudia mucho la Biblia, pero a menudo puede apreciar nuestra actitud con mucha precisión. ¡Cuántas almas en apuros han sido ganadas, no solo por el Evangelio puro, sino también por la misericordia que se les ha mostrado!

Es cierto que, en algunas esferas del cristianismo, la Buena Nueva del Nuevo Testamento se ha reducido a una cuestión esencialmente social. En lugar del arrepentimiento y la fe en el Señor Jesús, se predica la beneficencia, a menudo incluso con una connotación política. ¡Pero así no se puede apreciar en su valor justo el contenido del sermón del monte y el Evangelio de la gracia de Dios! Por otra parte, considerar la predicación del Evangelio como el único deber que el cristiano tiene que cumplir con el mundo es despreciar el testimonio debido a la gracia y la misericordia de nuestro Dios. Al igual que nuestro Señor ayudaba a aquellos a los que les predicaba la Buena Nueva, nosotros estamos llamados no solo a hablar a nuestros semejantes de él, sino también a mostrarles prácticamente el poder y los frutos de nuestra fe.

Por supuesto, ejercer la misericordia requiere sabiduría. Cuando se trata de dificultades y necesidades materiales, la mayoría de las veces es bueno intervenir rápidamente. Pero también hay ocasiones en las que conviene ser prudente. Mostrar misericordia sin demora a

alguien que acaba de pecar puede no ser apropiado. Puede ser necesario esperar algún tiempo para que se produzca una profunda y verdadera restauración del alma. A este respecto, la actitud de José hacia sus hermanos es un buen ejemplo. Solo en la tercera reunión se da a conocer a ellos, cuando sus conciencias ya han sido trabajadas. Entonces puede mostrarles toda su misericordia.

“...porque ellos alcanzarán misericordia”

Siguiendo las huellas de nuestro Señor en el camino de la fe, experimentaremos cada día más su misericordia. El estímulo de Hebreos 4:16 es particularmente hermoso: cuando nos acercamos al trono de la gracia en la oración, alcanzamos misericordia y hallamos gracia para el oportuno socorro. Allí está sentado el Señor Jesús, nuestro misericordioso y fiel Sumo Sacerdote (2:17). En su misericordia nos acompaña a lo largo de nuestra vida, hasta que venga otra vez y nos lleve al Padre. Judas incluso relaciona esta llegada con la misericordia: “esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Judas 21).

La promesa del Señor aquí no solo se refiere a la misericordia que él nos mostrará, sino también a la que recibiremos de otros creyentes en nuestro camino, “pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7).

Finalmente, nuestra comparecencia ante el tribunal de Cristo (2 Corintios 5:10) será sin duda la ocasión suprema en la que experimentaremos la misericordia de nuestro Señor. El apóstol Pablo esperaba que su hermano Onesíforo hallara “misericordia cerca del Señor en aquel día” (2 Timoteo 1:18). Esta relación entre la misericordia y nuestra comparecencia ante el tribunal de Cristo no debería sorprender a nadie. No es cuestión de poner en duda nuestra salvación eterna. Esta misericordia está relacionada con el servicio prestado al Señor en la tierra. Cuando cada uno reciba su alabanza de Dios (1 Corintios 4:5), seguirá siendo su misericordia la que triunfe.

*Allí arriba, feliz, en el inmenso futuro,
Exaltaré tu amor que desborda,
Porque en el cielo hay solo un
recuerdo,
¡El recuerdo de tu misericordia!*

(Continuará)

El que no naciere de nuevo, no
puede ver el reino de Dios.

Juan 3:3

Buscad primeramente el reino
de Dios y su justicia, y todas estas
cosas os serán añadidas.

Mateo 6:33

Si permanecéis en mí, y
mis palabras permanecen en
vosotros, pedid todo lo que
queréis, y os será hecho.

Juan 15:7

El Dios de esperanza os llene
de todo gozo y paz en el creer,
para que abundéis en esperanza
por el poder del Espíritu Santo.

Romanos 15:13

— **Novedades** —

- El volumen encuadernado en rústica de los años 2024-2025 de la revista *Creced*
- El índice de los años 2004-2023 de la revista *Creced*

• **Suscripción:** La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones y ofrendas de creyentes.

Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, puede escribirnos por medio del sitio **www.creced.ch**, o a la dirección de correo electrónico: **revista@creced.ch** o por WhatsApp al número: **+41 77 407 3244**.

Puede suscribirse a Creced en formato papel solo, y/o en formato electrónico (e-mail o WhatsApp). Por favor, especifique.

Dirección de correo postal: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

• **Volúmenes:** Están a la venta los **21 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2024-25. Cada uno consta de 336 páginas. Indique **claramente** los años que desea recibir.

— **Precio** (1 volumen) 10 \$ EE. UU. — 10 EUR — 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15% a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20% a partir de 10, y de 25% por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003), **así como el nuevo de los 20 años siguientes (2004-2023)**, a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

• **Medios de pago:**

— **PayPal:** Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).

— **Western Union:** a nombre de
Jean-Pierre Cuendet,
Les Pommerets 6,
2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicando sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

— Alternativamente, se puede enviar **billetes** de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

• **Comité de redacción:**

J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.